



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:	La cultura, lugar de encuentros
Autor:	Mateos García, Ángeles
Forma sugerida de citar:	Mateos, A. (1998). La cultura, lugar de encuentros. <i>Cuadernos Americanos</i> , 1(67), 123-127.
Publicado en la revista:	<i>Cuadernos Americanos</i>
Datos de la revista:	
ISSN:	0185-156X
Nueva Época, Año XII, Núm. 67, (enero-febrero de 1998).	

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA CULTURA, LUGAR DE ENCUENTROS

Por *Ángeles* MATEOS GARCÍA
SOCIEDAD EUROPEA
DE CULTURA, ESPAÑA

YA SE HAN CUMPLIDO CINCO SIGLOS desde el descubrimiento de América. El Nuevo Mundo ha estado impregnado desde el principio por una relación ambivalente y plural con la vieja Europa. Colonizada y descolonizada rápidamente, la cultura europea constituye el hilo conductor más importante de estas relaciones. El contacto entre ambos continentes ha marcado un estilo peculiar y propio de entender la vida, los valores, las costumbres, las creencias... en definitiva: la cultura. Por eso este encuentro que hoy celebramos bajo el lema "La cultura euroamericana en un mundo global" debería considerarse, sin duda alguna, como un buen momento para recordar esta situación peculiar de relación y semejanza, cuestionándonos críticamente hasta qué punto puede potenciarse ésta y qué resultados positivos o negativos la sustentan. Más aún en el caso de España, anfitriona hoy de estas reuniones, por la situación especial y peculiar que en todo momento ha mantenido con los países latinoamericanos, siendo la lengua un lugar común de encuentros y significados.

Dejando ya al margen viejas y polémicas glorias del pasado, lo cierto es que resulta imposible obviar la posición hegemónica que España ocupa en la relación entre Europa y Latinoamérica. Encontrando esta última en nosotros el puente con Europa, con la cultura, que a fin de cuentas es la suya misma, pasada por el tamiz de la historia.

Privilegiada y comprometida situación la de esta España, que no siempre ha sabido manejarse del modo más satisfactorio para ambas partes. Pasando por momentos de monopolio a periodos de olvido y silencio, despreciándose nuestro complejo papel de enlace e incluso de modelo social, político y económico. En cualquier caso, no hemos sido los únicos ni los primeros en desatender este legado,

aunque quizás lo que sí es cierto es que empezamos a admitirlo de forma crítica y rotunda.

No sólo la economía ha sido, pues, la responsable principal del progresivo contacto de América Latina con el coloso americano del Norte, sino unas deficientes relaciones sociopolíticas con la cultura europea, siendo nuestro país, por todo lo dicho, la puerta de acceso natural a la misma. Esto debe cambiar y de hecho está cambiando. Lo que se traduce en una creciente y prolífica relación entre los países de habla hispana, así como de todos éstos con Europa, nexo cultural del Nuevo Mundo que está a punto de cerrar otro milenio. La dirección está trazada, el camino a seguir perfilado, que se llegue o no a buen puerto parece que no es tan sólo cuestión de voluntades y buenos propósitos, sino del buen hacer de nuestras relaciones, acuerdos, intercambios...

Un buen ejemplo puede constituirlo nuestra consolidada, aunque siempre compleja, "Unión Europea". España se ha incorporado relativamente tarde, pero parece haber entendido su papel tanto a nivel comunitario, como en cuanto a su relación-puente con América. Cuando se fundó la Comunidad Europea, como es de todos conocido, su máxima, cuando no única preocupación, fueron las relaciones internas entre sus miembros y los acuerdos económicos perseguidos por éstos. Sin embargo, la consolidación del proyecto europeo ha tenido que pasar por una creciente sensibilidad hacia los temas sociopolíticos y culturales, lo que le ha llevado, también, a ampliar sus fronteras, y a definir una política de cooperación mundial.

Dentro de esta tendencia aperturista han de incluirse sus crecientes acuerdos y proyectos con los países en vías de desarrollo, entre los que América Latina, por las razones antes mencionadas, debería ocupar un lugar prioritario.

El desarrollo de estos acuerdos también ha pasado por diferentes fases: desde los Acuerdos de Primera Generación (años sesenta) con Brasil y Uruguay, limitados a una mera cooperación económica, a los denominados Acuerdos de Tercera Generación (1982-1997) que abarcan a toda América Latina e incluyen una relación no sólo económica, sino también sociopolítica y cultural (industria, ciencia, técnica, juventud, educación, medio ambiente, lucha contra la droga, etcétera).

El giro decisivo en este cambio se produce en 1987, cuando el Consejo de Ministros de la Comunidad Europea en su resolución de

julio de ese mismo año decide expresamente “aplicar una estrategia global coherente destinada a reforzar las relaciones de cooperación entre la Comunidad y sus Estados miembros, por un lado, y América Latina y sus Estados y regiones, por otro”.

Curiosamente esta fecha coincide con la incorporación de España a la Comunidad Europea. No podía ser de otro modo, señala nuestro entonces comisario europeo Abel Matutes, “desde la incorporación de España y Portugal a la Comunidad (1986), América se concibe como una prolongación natural”.¹

Las estrategias políticas y económicas de España con respecto a América Latina, desde su entrada en la Comunidad, han presidido tanto sus intereses privados como su negociación con el resto de los socios comunitarios. Su intervención en la democratización de Centroamérica, así como la renegociación de la deuda externa como medio eficaz para animar la maltrecha economía de esta última década, ha sido claramente reconocida. Los españoles, explicaba Enrique V. Iglesias (presidente del Banco Interamericano de Desarrollo), “fueron campeones del tema político y del apoyo a las nuevas democracias. España ha sido promotora de la política de la Comunidad hacia Centroamérica. Ha tratado de promover políticas de cooperación activas para estimular el comercio y la cooperación industrial y económica”. En definitiva, concluye, “con el ingreso de España en la Comunidad Europea el tema latinoamericano no sólo ha adquirido una vitalidad renovada, sino que además ha estimulado a países que están muy cercanos a nosotros a estrechar aún más sus relaciones”.²

En efecto, de nada servirían las buenas intenciones de España, o sus inclinaciones naturales hacia Latinoamérica, si esto no se traduce en una incitación real y comprometida que obligue a sus socios comunitarios a acercarse a lo que también ellos reconocen como parte de su cultura. Debemos tener presente, recordaba Giulio Andreotti, “que los países latinoamericanos pertenecen cultural y espiritualmente al mundo occidental. Por tanto, subrayemos el empeño de la Comunidad Europea para hacer progresar rápidamente las relaciones con éstos”. Del mismo modo, insiste ahora Michel Rocard, “conviene identificar el conjunto de las relaciones con América Latina a la luz de una serie de evoluciones prometedoras que tienden a acercar a las dos regiones, particularmente el resta-

¹ “Temas de nuestra época”, *El País*, 27 de septiembre de 1990.

² *El País*, 27 de septiembre de 1990.

blecimiento de regímenes democráticos y la puesta en práctica de zonas de integración regionales''.³

En esta dirección parecen estar encaminadas las últimas relaciones entre la Comunidad Europea y los países latinoamericanos, tanto a nivel interestatal como a través de sus diferentes pactos regionales: Pacto Andino, MERCOSUR, Comunidad y Mercado Común del Caribe, ALADI, etc. Observándose nuestra Comunidad o Unión Europea como posible modelo de integración interregional. Por otra parte, programas promovidos por la Comunidad Europea como ALT-INVEST, ALFA, URB-AL, parecen estar destinados a fomentar un progresivo acercamiento entre estos países con el resto de los países comunitarios, y por qué no, hacia Europa en general, que tras la caída del Este ha sentido de cerca la problemática reconstrucción de Europa. Y si se consigue que este acercamiento entre América y Europa sea real y completo, podríamos presenciar, si no al fin del milenio, al menos como inicio del siguiente, la diversificación y unidad al mismo tiempo de una cultura milenaria: la cultura occidental, que abarca tanto a unos como a otros.

Pero la misma palabra *cultura* reclama que, para que esta integración entre los pueblos sea posible y real, los acuerdos entre sus socios no pueden limitarse a lo meramente económico, aunque, por suerte o desgracia, sepamos que ésta es la gran preocupación de nuestro siglo, sino que deben ampliarse hacia relaciones mucho más complejas, que afecten a nuestras costumbres o formas de vida, buscando espacios comunes de diálogo, acuerdos, pactos, derechos... Simplemente porque aquélla no puede darse al margen de éstos.

El mundo es cada vez más un espacio común, aunque algunas tendencias radicales quieran imponer a toda costa, incluso a la fuerza, barreras naturales o artificiales a esta inercia e incluso necesidad de nuestro siglo. Vivimos en un mundo global, los medios de comunicación y las nuevas exigencias socioeconómicas y políticas así nos lo están imponiendo. Éste es el verdadero cambio que se está produciendo en nuestra generación, por eso nos afecta tanto lo que les ocurra a nuestros vecinos, porque no podemos cerrar nuestras mentes a sus problemas, nos invaden y afectan, querámoslo o no.

Y si esto es así, si es cierto que nuestra época, nuestro fin de milenio, apela a este nuevo orden interplanetario, ¿no lo será también la necesidad de encontrar, buscar o inventar valores comunes que lo hagan posible? Quizás la ausencia de estos espacios comu-

³ "Temas de nuestro tiempo", *op. cit.*

nes culturales sea la causa verdadera de nuestra insolidaridad, de nuestro individualismo, de nuestra ceguera ética y social.

Quisiera aprovechar estas reflexiones que he venido haciendo en torno a la cultura euroamericana, que no es otra que la occidental, para proponerles una reflexión sobre la misma que vaya más allá de los límites euroamericanos: la necesidad de encontrar un espacio común de valores y diálogo, culturales o multiculturales, poco importa el color, pero que permitan una convivencia más solidaria y universal. No sólo como un mensaje utópico y esperanzador para las conciencias, sino sobre todo porque nos urge, porque nos interesa a todos, porque, como entre todos hemos acordado en este encuentro, ‘el mundo es, cada vez más, un mundo global’.

Y parece que esta reflexión nos toca hacerla a nosotros, es decir: a la cultura occidental. La razón, desde mi punto de vista, es obvia. Si hay algo que defina nuestra cultura de forma paradigmática es la crítica y la reflexión, notas que siempre la han acompañado, ya sea en sus periodos de luces o de sombras. Ambas características tienen, como cabía esperar, su aspecto negativo y positivo. Negativo, su inclinación al etnocentrismo, aunque en este caso quizás convendría más decir etnoculturalismo; positivo, su constante autocrítica y replanteamiento de alternativas mejores de entender el mundo, la vida, el hombre... Con este último mensaje quisiera quedarme. Si verdaderamente el legado de nuestra tradición cultural nos ha imbuido estas notas de reflexión y crítica, ¿no será también cierto que, por lo mismo, somos nosotros los llamados a cuestionarnos nuestra propia cultura, buscando espacios comunes —interculturales— de diálogo, con soluciones y alternativas globales?